

HISTORIA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

4

DE LA  
FEDERALIZACIÓN  
DE BUENOS AIRES  
AL ADVENIMIENTO  
DEL PERONISMO  
(1880-1943)

JUAN MANUEL PALACIO (DIRECTOR)



unipe: editorial  
universitaria

edhasa

# HISTORIA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

## COLECCIÓN DIRIGIDA POR JUAN MANUEL PALACIO

Este cuarto volumen de la colección *Historia de la provincia de Buenos Aires* aborda el período que va desde 1880 hasta 1943. Comienza con la federalización de la ciudad de Buenos Aires, que obliga a la provincia a reorganizar la vida política, cultural, urbana y administrativa, y a replantearse su futuro y su relación con el destino de una nación que hasta entonces identificaba con el propio. Y llega hasta el advenimiento del peronismo, que producirá cambios decisivos que rompen con el pasado de una manera clara.

Pero si 1880 y 1943 son fechas clave, no lo son menos las décadas que separan ambos momentos. Es el tiempo de la inmigración masiva; de la gran transformación del campo, con el apogeo del modelo agroexportador; de la expansión de líneas férreas, puertos y caminos; de la conformación de un orden político, conservador primero, y el posterior surgimiento del radicalismo.

Las transformaciones fueron vertiginosas y profundas, y han generado debates que duran hasta hoy. Este libro los retoma y actualiza. ¿Fueron aquellos años los del “progreso argentino” o fue un momento oligárquico, represivo y excluyente? ¿Fue la provincia de Buenos Aires la tierra en la que “hicieron la América” los inmigrantes, o más bien se enfrentaron éstos con un escenario de tierras ya ocupadas y tuvieron que contentarse con arrendarlas o emplearse como trabajadores? ¿Gobernó el país —y la provincia— en este período una “oligarquía vacuna” que se apropió de los resortes del Estado? ¿Los gobiernos radicales representaron una democracia de las clases medias, alejándose del patrón conservador? ¿El desarrollo agropecuario fue incompatible con el de la industria, que se dio recién luego de la crisis del treinta? ¿Primó en este período la armonía general o se incubaron los conflictos sociales que se harían visibles con el peronismo?

Dirigido por Juan Manuel Palacio, y con la contribución de especialistas que analizan la política y la sociedad, la economía y la cultura, este volumen da cuenta de un momento crucial de la actual provincia de Buenos Aires. Y no es un pasado remoto o superado; muchas de las decisiones tomadas entonces aún estructuran la coyuntura de hoy.

ISBN 978-987-628-268-0



9 789876 282680

# **HISTORIA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES**

Colección Historia de la provincia de Buenos Aires  
Director: Juan Manuel Palacio

PLAN DE LA OBRA

**Tomo 1: Población, ambiente y territorio**

Director: Hernán Otero

**Tomo 2: De la Conquista a la crisis de 1820**

Director: Raúl O. Fradkin

**Tomo 3: De la organización provincial  
a la federalización de Buenos Aires  
(1821-1880)**

Directora: Marcela Ternavasio

**Tomo 4: De la federalización de Buenos Aires  
al advenimiento del peronismo (1880-1943)**

Director: Juan Manuel Palacio

**Tomo 5: Del primer peronismo a la crisis de 2001**

Director: Osvaldo Barreneche

**Tomo 6: El Gran Buenos Aires**

Director: Gabriel Kessler

**DE LA FEDERALIZACIÓN DE BUENOS  
AIRES AL ADVENIMIENTO  
DEL PERONISMO (1880-1943)**

Director de tomo: Juan Manuel Palacio

unipe: editorial  
universitaria

 edhasa

Palacio, Juan Manuel  
Historia de la provincia de Buenos Aires : de la  
federalización de Buenos Aires al advenimiento del  
peronismo : 1880-1943 . - 1a ed. - Buenos Aires : Edhasa;  
Gonnet: UNIPE: Editorial Universitaria, 2013.  
472 p. ; 22,5x15,5 cm.

ISBN 978-987-628-268-0

1. Historia Argentina. I. Título.  
CDD 982

Imagen de tapa: La Rambla de Mar del Plata, postal de época, 1929.

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Diseño y realización de mapas: Mgter. Santiago Linares y Lic. Inés Rosso, Centro de Investigaciones Geográficas, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, Argentina. Aprobado por el Instituto Geográfico Nacional, Expediente GG12 0363/5, 10 de julio de 2013.

Primera edición: agosto de 2013

© UNIPE: Editorial Universitaria, 2013  
Camino Centenario 2565  
(B1897AVA) Gonnet  
Provincia de Buenos Aires, Argentina  
Teléfono: (0221) 484-2697  
[www.unipe.edu.ar](http://www.unipe.edu.ar)

© Edhasa, 2013  
Córdoba 744 2° C, Buenos Aires  
[info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)  
<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)  
<http://www.edhasa.es>

ISBN: 978-987-628-268-0

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Kalifón S.A.

Impreso en Argentina

# Índice

|                            |   |
|----------------------------|---|
| <b>Prólogo</b> .....       | 9 |
| <i>Juan Manuel Palacio</i> |   |

|   |    |
|---|----|
| Ensayo introductorio. <b>La provincia de Buenos Aires entre 1880 y 1943</b> ..... | 15 |
| <i>Eduardo José Míguez</i>  |    |

## **Primera Parte**

|  |    |
|--|----|
| <b>Capítulo 1. La política bonaerense: del orden oligárquico al imperio del fraude</b> ..... | 51 |
| <i>Roy Hora</i>  |    |

|  |    |
|--|----|
| <b>Capítulo 2. La economía bonaerense: del auge exportador a su crisis</b> ..... | 81 |
| <i>Fernando Rocchi</i>   |    |

|  |     |
|--|-----|
| <b>Capítulo 3. La sociedad bonaerense: tendencias demográficas, grupos sociales y formas de vida</b> ..... | 123 |
| <i>Leandro Losada</i>  |     |

|   |     |
|---|-----|
| <b>Capítulo 4. El mundo de la cultura y las ideas</b> ..... | 153 |
| <i>Osvaldo Graciano</i>                                     |     |

## **Segunda Parte**

|   |     |
|---|-----|
| <b>Capítulo 5. La economía rural bonaerense en su período de gran expansión</b> ..... | 185 |
| <i>Juan Manuel Palacio</i>  |     |

|   |     |
|---|-----|
| <b>Capítulo 6. Comercio rural y crédito agrario</b> ..... | 219 |
| <i>Andrea Lluch</i>                                       |     |

|  |     |
|--|-----|
| <b>Capítulo 7. Banca y finanzas públicas</b> ..... | 251 |
| <i>Andrés Regalsky y María Liliana Da Orden</i>    |     |

|  |     |
|--|-----|
| Capítulo 8. <b>El radicalismo bonaerense</b> .....   | 285 |
| <i>Ana Virginia Persello</i>   |     |
| Capítulo 9. <b>Los conservadores bonaerenses:<br/>entre el fraude y las luchas facciosas</b> ..... | 309 |
| <i>María Dolores Béjar</i>   |     |
| Capítulo 10. <b>La gran inmigración</b> .....  | 337 |
| <i>Alejandro Fernández</i>   |     |
| Capítulo 11. <b>Vida cotidiana y sociabilidad</b> .....  | 363 |
| <i>Ricardo Pasolini</i>  |     |
| Capítulo 12. <b>Trabajadores y sindicalismo</b> .....  | 393 |
| <i>Adrián Ascolani</i>   |     |
| Capítulo 13. <b>Ciudades bonaerenses. Un palimpsesto<br/>en la Pampa</b> .....                     | 419 |
| <i>Fernando Gandolfi y Eduardo Gentile</i>   |     |
| <b>Colaboradores</b> .....   | 463 |



## Prólogo

*Juan Manuel Palacio*

Este volumen aborda la historia de la provincia de Buenos Aires, de 1880 a 1943; es decir, de la federalización de la ciudad de Buenos Aires al advenimiento del peronismo. Varias razones evidentes justifican el año de inicio. Buenos Aires, la provincia, debe reinventarse luego de la decapitación de su ciudad principal, que había sido el centro neurálgico de toda su historia. En 1880, no sólo la organización administrativa sino la vida política, cultural, urbana, fiscal, financiera y comercial de la provincia deben replantearse su futuro y su relación con el destino de una nación que hasta entonces identificaba con el propio. Por ello, también, el consenso historiográfico sobre el corte que representa este año en su historia es casi completo.

No ocurre lo mismo con el año de cierre. Y el motivo es que ese otro corte sólo supone una hipótesis, que además va a contracorriente de una cronología demasiado asentada entre nosotros. La hipótesis es que en 1943, con el advenimiento del peronismo,<sup>1</sup> se producen en la provincia cambios decisivos –ya sea producto de nuevas iniciativas o de políticas preexistentes que ahora adquieren alcances inéditos– que rompen con el pasado de una manera más clara que la crisis de 1930, el suceso emblemático utilizado en nuestras cronologías. Y por consiguiente, supone también la hipótesis subsidiaria de que dicha crisis y la depresión que le siguió no habrían cambiado tanto como suponíamos en el pasado el estado de cosas en el país y, por lo tanto, tampoco en la provincia. Pero si esta última idea ha venido afianzándose en la historiografía en las últimas décadas, no se sigue de eso que la “hipótesis 1943” tenga un consenso tan completo. Fue, con todo, lo suficientemente atractiva como para que los colaboradores del volumen hiciéramos el esfuerzo de escribir ensayos que abarcaran todo ese arco temporal, tratando de combatir ese reflejo historiográfico involuntario que nos lleva a concluir el análisis de nuestros respectivos temas en 1930.

Y si bien a partir de ese año hay elementos que –como dirá Eduardo Míguez en el ensayo introductorio y otros autores avalarán en sus contribuciones– justifican hablar de un “cambio de rumbo”, a poco de andar, fuimos advirtiendo que la década de la Gran Depresión es también testigo claro de la tenaz resistencia de muchos rasgos del orden conservador y de la Argentina agroexportadora a morir con el *crack* del 29. Así, la política, aún cuando volvió al fraude en los años treinta y retrocedió respecto de la experiencia democrática del radicalismo, no rompe por eso con el “orden oligárquico” ni con el conservadurismo de las elites gobernantes. La economía provincial, si bien vira junto con la del país hacia un forzado proteccionismo y a la sustitución de importaciones, no abandona en los años treinta su fuerte impronta agropecuaria. No sólo eso: el sector rural bonaerense no cambia en esos años su organización productiva, ni su estructura de tenencia, ni la distribución y uso de la tierra en ningún grado significativo. El conflicto social y la actividad gremial se incrementan, cierto es, con las consecuencias de la crisis, pero –como se verá en este volumen– ambas cosas ya estaban allí desde décadas atrás y, sobre todo, no alcanzarán los niveles que adquirirán durante el peronismo. Por fin, el intervencionismo estatal sobre las relaciones sociales y productivas, si bien se manifiesta en los años treinta en terrenos concretos –y en algunos casos por primera vez, como en el de las juntas reguladoras de la producción o en la acción del Departamento Provincial de Trabajo–, no cambiaría sustancialmente lo que podría llamarse “la experiencia del Estado” de los sujetos sociales de gran parte del vasto territorio de la provincia, al menos no de la manera en que eso iba a ocurrir después de 1943, cuando el Estado da un salto cualitativo en su empeño por generalizar su presencia y el imperio de la ley en toda su geografía.

Año más, año menos, este volumen comprende momentos y procesos decisivos de la historia de la provincia de Buenos Aires; tantos y de tanta envergadura que incluirlos a todos con un nivel mínimo de atención en un solo libro constituye su segundo gran desafío. En efecto, el fenómeno de la inmigración masiva, que en sus años culminantes eligió a la provincia como destino primordial; la gran transformación agropecuaria, que dotó al país de la parte más importante de las exportaciones de entonces, que lo harían famoso en todo el mundo; la conquista efectiva de la última frontera provincial hasta

sus límites políticos, que supuso los procesos combinados de creación de pueblos, asentamiento de inmigrantes, trabajadores y productores, la expansión de líneas férreas, puertos y caminos; la conformación de un orden político, conservador primero, y el posterior surgimiento del radicalismo; el primer desarrollo industrial del país, que en gran medida se produjo en territorio provincial; entre otros que se dan en estos años, son procesos que han llenado infinitas páginas de la historiografía y reúnen, por tanto, materia suficiente para completar varios volúmenes.

La forma elegida para dar cuenta de esa diversidad fue una estructura de capas, que repite la ensayada en el Volumen 3 de la colección. Así, de mayor a menor, un ensayo nos provee al inicio una introducción general al período, a modo de interpretación general o “visión de altura” sobre todos estos procesos. A continuación, en la primera parte, cuatro trabajos generales dan cuenta de los ejes por los que se desplazaron la política, la economía (con un énfasis en el desarrollo industrial y de los transportes), la sociedad y el mundo cultural y de las ideas en la provincia durante estos años. Seguidamente, la segunda parte reúne capítulos sobre cuestiones más específicas, que desarrollan algunos de los temas y procesos reseñados en la primera. El mundo rural en general, así como, en otro, sus circuitos de comercialización y crédito, el sistema bancario y las finanzas públicas provinciales, el análisis de la política del período desde la experiencia del radicalismo y del Partido Conservador, la gran inmigración y su inserción en la sociedad bonaerense, la vida cotidiana y los espacios y formas de la sociabilidad, el mundo del trabajo y del sindicalismo y la configuración (urbanística, arquitectónica) de pueblos y ciudades –viejos y nuevos– de la provincia son las ventanas que propone esa parte del libro para asomarse al pasado provincial en estos años.

No es un inventario exhaustivo, desde luego, ni podría serlo. Es en todo caso el reflejo del “estado del conocimiento” de la historia provincial, que exhibe sus temas más densos y también sus lagunas, de información y de investigación. Tal vez no se encontrarán, entonces, cuestiones sobre las que el lector pueda tener curiosidad, incluidas algunas a las que la agenda historiográfica actual presta particular atención. Esto no es una opción conservadora ni políticamente incorrecta, sino más bien algo impuesto por la realidad: no hay aún, sobre muchos de esos asuntos ausentes aquí, una historiografía que los aborde para la provin-

cia de Buenos Aires (valga el énfasis), lo suficientemente densa como para elaborar un capítulo de divulgación al estilo de los que componen este libro. Los volúmenes de esta colección reúnen trabajos sobre temas acerca de los cuales se puede realizar alguna generalización para todo un período y para buena parte de la provincia al menos, lo que implica excluir otros sobre tópicos más acotados o menos transitados. Y si eso por un lado nos libra de afrontar la desbordante fecundidad monográfica de estos tiempos, nos priva a su vez, seguramente, de exhibir algunas valiosas perlas, que debemos ceder a las múltiples compilaciones sobre temas diversos que se ofrecen cada vez con más frecuencia.

Con relación a esto (al estado de la historiografía actual y a sus modos) asoma el último de los grandes desafíos del volumen. Sabemos hoy más que nunca que no hay relatos historiográficos definitivos. Y sin embargo, como ocurría con el corte de 1930, existe otro reflejo involuntario en nuestra profesión a tomar como verdad revelada lo último que aparece en las revistas científicas. También contra esta otra fuerte corriente se intentó concebir este libro (y la colección). No se trata de que ocultemos los hallazgos de nuestras investigaciones ni que dejemos de ser enfáticos al exponer la interpretación —y la valoración— de los procesos que ellos nos sugieren. Ni siquiera de ser “imparciales” a la hora de exponer los debates historiográficos que existen en torno de determinado tema. Se trata, nada más, de ser honestos en explicitar con equilibrio los debates que aún no están saldados, a pesar de tener en ellos una posición tomada, y de no destratar la historiografía que nos precedió por superada, ignorándola por completo, aunque más no sea por aquello de “no hagas a los demás lo que pueden luego hacerte a ti”. De hecho, muchos de nosotros, en la afanosa tarea de encontrar “lo bonaerense” en los temas que abordamos, hemos descubierto y aprendido a valorar la información que aportan esas viejas investigaciones e incluso las historias pueblerinas *amateurs*.

Por fin, en este libro destinado a un público más amplio que el propio, se trata de hacernos cargo del sentido común sobre nuestro pasado. Y eso implica no ignorar que ciertas preguntas sobre nuestra historia —por más que nosotros, los historiadores de hoy, ya no las formulemos— pueden seguir vigentes en el resto de los mortales. ¿Han sido estos años que abarca este libro los del “progreso argentino” o, por el contrario, fue un momento oligárquico, represivo y excluyente? ¿Fue ésta —la provin-

cia de Buenos Aires, centralmente— la tierra en la que en efecto “hicieron la América” los inmigrantes, o se enfrentaron éstos más bien con un escenario de tierras ya ocupadas que nunca pudieron adquirir y tuvieron que contentarse con arrendarlas o simplemente emplearse en ellas como trabajadores? ¿Gobernó el país —y la provincia— en este período una “oligarquía vacuna” que se apropió de los resortes del Estado y los hizo jugar siempre a su favor? ¿Y en qué medida los posteriores gobiernos radicales representaron una democracia de las clases medias, alejándose de ese patrón conservador? ¿Fue el desarrollo agropecuario incompatible con el de la industria, que por lo tanto se dio recién luego de la crisis del treinta? ¿Primó en este período la armonía general y, si no, cuál fue la medida del conflicto social? Estos son apenas algunos de los temas de debate que ocuparon innumerables páginas de la historiografía, sobre la mayoría de los cuales no se ha dicho una última palabra; mal podría entonces este volumen pretender hacerlo. Por el contrario, estaríamos satisfechos si, junto con el análisis del tema específico que nos tocó a cada uno, hayamos podido dar cuenta de esas discrepancias, incluso las que existen entre nosotros mismos sobre algún tema. Así, al “estado del conocimiento” habremos sumado el “estado de la historiografía”, que es también uno de los propósitos centrales de este libro.

## NOTAS

<sup>1</sup> Se toma esa fecha porque los cambios a los que se hace referencia comenzó a impulsarlos Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, que él dirigía, desde el mismo momento de su creación en 1943.



Ensayo introductorio

## La provincia de Buenos Aires entre 1880 y 1943

*Eduardo José Míguez*

### MUERTE Y NACIMIENTO. UNA NUEVA BUENOS AIRES

“La muerte de Buenos Aires” es el perdurable título con que Eduardo Gutiérrez tradujo una sensación que no era sólo suya, luego de los hechos de 1880. Ese año, el general tucumano Julio Argentino Roca derrotó en las elecciones presidenciales al gobernador porteño, Carlos Tejedor, quien encabezó una rebelión ante el resultado adverso. Menos enfáticos, los historiadores, —como muestran varios de los capítulos de este tomo y del que lo precede en la colección—, se refieren al fracaso del intento revolucionario de 1880 y a la federalización de la ciudad que el gobierno nacional logró imponer luego de su triunfo, como hitos claves en la subordinación de la provincia bonaerense a la nación; y como la pérdida por la primera de su capital y principal centro urbano, su corazón político, social, financiero, cultural...<sup>1</sup>

Aunque, sin duda, hay una precisión fáctica en esta forma de ver las cosas, la estruendosa frase con que Gutiérrez da cuenta del hecho es más elocuente en un aspecto crucial. Legado de una impronta colonial y del proceso de fragmentación del espacio y del poder que siguió a la independencia, las provincias argentinas son fenómenos urbanos (véase “Buenos Aires: de ciudad a provincia”, de Juan Carlos Garavaglia, en el segundo tomo de esta colección). Las elites de las principales ciudades coloniales —sus cabildos— organizaron la autonomía de los territorios que las rodeaban, y sobre los que ejercían su poder. Si bien en poco tiempo esas áreas rurales adquirieron peso político y, según la recordada impugnación de Sarmiento, sometieron a las ciudades a su barbarie, ello no alteró el hecho esencial de que las provincias eran ante todo una ciudad y sus territorios subordinados. La construcción

de un orden político más jerarquizado a partir de 1852 reinstauraría con mayor peso esa caracterización. Buenos Aires no sólo compartía aquella tradición, sino que, de manera infructuosa, había aspirado permanentemente, desde 1810, a replicarla en un plano más amplio; la Argentina debía ser Buenos Aires y las tierras a ella subordinadas, que incluían a todas las que pudiera dominar del territorio americano.<sup>2</sup>

Los triunfos de Bartolomé Mitre en 1861 y 1862 (la batalla de Pavón, sus secuelas militares y las elecciones presidenciales) generaron la esperanza de realizar ese viejo anhelo porteño. Sin embargo, los desarrollos políticos expresados en los triunfos en las elecciones presidenciales de Sarmiento y Avellaneda, y como punto culminante, Roca, mostraron nuevamente la inviabilidad de esa forma de estructurar el orden político en la Argentina. La derrota de 1880 ponía de manifiesto el lugar que les cabía a las elites porteñas en la nación: podían ser activas protagonistas de su vida política. De hecho, un brioso sector del autonomismo porteño, que incluía a Carlos Pellegrini, Dardo Rocha, Aristóbulo del Valle y Eduardo Wilde, llamado a ocupar lugares decisivos en los años subsiguientes, había acompañado activamente a Avellaneda y Roca en su lucha contra la rebelión porteña. Pero para ello debían competir de igual a igual en la arena de un juego político que abarcaba a todas las provincias; el poder nacional se construía en todos lados, y no sólo en Buenos Aires.

Si el fracaso de Tejedor puso de manifiesto algo que como dijimos ya se venía gestando desde el momento mismo en que Mitre —único gobernador bonaerense que obtuviera un triunfo en elecciones presidenciales— llegara al poder, el desmembramiento de la provincia fue en realidad un golpe de muerte. La derrota militar la subordinó a la nación. Separar el espacio rural de la ciudad, quitándole a ésta su autonomía, hacía que la provincia de Buenos Aires, tal como se había constituido en 1820 y redefinido en 1852-1854 —la caída de Rosas en Caseros y la aprobación de la Constitución provincial, temas tratados en los capítulos de Fabio Wasserman y de Juan Pablo Fasano y Marcela Ternavasio en el tercer tomo de esta colección—, dejara de existir. El creciente peso demográfico y la riqueza de la campaña bonaerense habían alimentado hasta 1880 la gloria de su cabeza urbana. La provincia había sido hasta allí una ciudad y sus territorios. Que esos territorios adquirieran vida propia no equivalía a que una provincia perdiera parte de lo que era, sino a crear algo totalmente nuevo.



Al pensar en la ciudad, sin embargo, y observar el curso de los acontecimientos previos y posteriores, se puede llegar a la conclusión de que quizá para ella ese abrupto cercenamiento consistió en cierta forma en un salvataje. La cultura urbana porteña, expresada en sus prácticas políticas, sociales, económicas, culturales, podía ahora preservarse en un ámbito institucional que, aunque limitado en su autonomía (hasta la reforma constitucional de 1994) y en su peso político, y acaso por ello mismo, sobreviviría sin tener que convivir con las prácticas de pueblos rurales y de campaña que no sólo crecían en fuerza y rasgos propios a medida que el peso demográfico y económico de lo que ya constituía la nueva Buenos Aires se desarrollaba con gran vigor, sino que desechaban su subordinación al ámbito urbano. Esta dicotomía quedará expresada –como se verá en los capítulos vinculados a la política– en la disputa entre las dirigencias principales de los partidos, en su mayoría de origen porteño, y los liderazgos locales del interior provincial. Hasta qué punto la separación de la ciudad de su entorno –beneficiada por administraciones designadas por el Ejecutivo nacional, como la de Torcuato de Alvear, que renovarían su esplendor– la libró de lo que podría considerarse una nueva barbarización, ésta es una pregunta que no corresponde tratar aquí; volvamos entonces los ojos a la provincia.

Esto no nos permite, sin embargo, dejar totalmente de lado a la ahora Capital Federal. Pese al cambio institucional de 1880, la vieja relación entre la ciudad y su entorno no moriría del todo, redefinida en un contexto cambiante. Analizar ese vínculo nos exige entrar de lleno en la definición de esa nueva Buenos Aires que nacía en aquella coyuntura. La campaña bonaerense poseía tradiciones culturales y pujanza económica, pero carecía de identidad política autónoma. Ésta había consistido en una prolongación de la urbana, lo que era habitual en todas las provincias. Su único centro de referencia era la ciudad. La nueva Buenos Aires provincial sólo iría cambiando lentamente su territorio político. Pero en lo inmediato, era necesario dotarla de un centro de gobierno. La elite porteña, que seguía gobernando la provincia, no podía ceder ese lugar a ninguno de los pequeños núcleos urbanos que podrían haber aspirado a ocuparlo –Luján, vieja sede de un cabildo secundario, era seguramente la mejor candidata–, por lo que era necesario crear una nueva capital. La Plata sería un proyecto exuberante y una concreción sorprendente, aunque, desde luego, lejana a las aspiraciones del proyec-

to, como se verá en el capítulo de Fernando Gandolfi y Eduardo Gentile que cierra este tomo. En términos de los tiempos de reordenamiento espacial de una sociedad, la velocidad de su consolidación, como referencia política, administrativa e incluso cultural y urbana, es sorprendente. En menos de treinta años se erigió de la nada en un polo urbano de considerable peso, con cerca de cien mil almas para el Centenario, y en un centro político-administrativo y universitario. Sin embargo, nunca concentró ese dominio que las viejas capitales provinciales ejercían (y ejercen) en sus territorios. La Plata sería el asiento de las autoridades, pero no la cabeza y el corazón de la provincia. La ciudad de Buenos Aires seguiría siendo una referencia en innumerables dimensiones, pero la separación administrativa y su identificación con “la nación” diluirían la identidad con su viejo territorio, quizá también resquebrajada por la propia dinámica social.

Seguramente, de esta situación deriva la más significativa de las limitaciones del proceso de construcción de la nueva provincia: la debilidad de su identidad. Las fragmentaciones identitarias están presentes en todas las provincias argentinas, muchas veces, con referencias precisas; Mendoza vs. las tierras del sur, San Carlos y San Rafael; el Valle de Lerma vs. los Valles Calchaqués y la Salta chaqueña; Córdoba vs. Río Cuarto y Traslasierra, etc. No obstante, la referencia provincial es una identificación significativa, que habitualmente subsume la fragmentación; por sobre todo se es mendocino, salteño, cordobés. No es evidente que ello ocurra en Buenos Aires. Las rivalidades regionales no parecen muy fuertes, pero tampoco lo es la identidad bonaerense. Las afinidades locales, bien establecidas, no compiten con las de una provincia que, si tiene clara presencia en tanto espacio administrativo y político y recupera la cultura criolla pampeana (gauchesca) por tradición, no genera a partir de ella sus referencias dominantes como un espacio de pertenencia, lo que ocurre en otras provincias. Ser bonaerense compite mal con sentimientos de pertenencia como los del azuleño, tandilense, bahiense, platense, arequense, marplatense, de Junín o 25 de Mayo. Seguramente, esto da cuenta de lo que Juan Manuel Palacio explica en su introducción general, incluida en el tomo inicial de esta colección: la debilidad de la historiografía bonaerense en cuanto tal, que contrasta con el gran peso de los estudios específicos de aspectos económicos, sociales, culturales, políticos de la provincia. Vale decir, se ha estudiado mucho el pasado de Buenos Aires, pero

ello no ha sido, en general, pensado como una historia provincial, en especial para la etapa posterior a 1880. No sorprende entonces que la obra más significativa que precede al esfuerzo que aquí se lleva a cabo se denominara *Historia de la provincia de Buenos Aires y la formación de sus pueblos*,<sup>3</sup> dando al espacio local un protagonismo del que normalmente carece en otras historias provinciales.

Más allá de una identidad un tanto diluida, la nueva provincia fue constituyendo después de 1880 su configuración espacial, con características territoriales que, además de los rasgos físicos y geográficos, concatenaba herencias de larga data con procesos muy recientes.<sup>4</sup>

En la zona más antigua de la provincia, el corredor norte que lleva de la ciudad a la delimitación con Santa Fe, los numerosos contingentes de europeos recién llegados encontraban una sociedad criolla a la cual más de dos siglos de historia le infundían rasgos específicos, jerarquías e instituciones sociales más establecidas, ocupación más densa de las tierras, considerable fragmentación de la propiedad a través de generaciones de repartición de las herencias. Nada de ello retrajo el dinamismo de su sistema productivo que, así como había pasado del vacuno al ovino en los treinta años precedentes, progresó rápidamente en las décadas finales del siglo XIX hacia una agricultura modernizada, en la que el maíz jugaría un papel estelar. Oleadas de ocupación sucesiva de los migrantes internos en el siglo XVII y XVIII, de pastores vascos e irlandeses a mediados del XIX, de agricultores suizos, italianos, españoles, en los masivos arribos de fin de siglo (en especial, los años ochenta), les daban a los pagos de Areco, Zárate, Campana, Baradero, San Nicolás de los Arroyos un entramado social más complejo y consolidado que el de otras regiones de la provincia. El desarrollo ferroviario sería más lento que lo esperado, por contar con una buena comunicación fluvial con Buenos Aires; pero ya en la década de 1880 la atravesarían las vías que unían Rosario con la capital. Se superponían allí las viejas estancias explotadas por sus propietarios, de dimensiones más reducidas que en otras regiones, por las razones apuntadas, con la labor de arrendatarios y aparceros, y no pocos inmigrantes que habían adquirido propiedades, como estudia Juan Manuel Palacio en un capítulo de este tomo.

Al sur de esta zona, al oeste de la ciudad, encontramos una región de ocupación también antigua, pero que guardó hasta mediados del siglo XIX su condición de frontera de contacto con las sociedades araucanas de las

pampas (capítulo 12, Tomo 3). Aunque su cabecera, Luján, era una ciudad capitular de vieja data, la frontera había dado lugar a una sociedad más dinámica que en la zona norte, caracterizada por la producción agrícola de migrantes del interior, asentados muchas veces en tierras fiscales. Sobre esa base, después de 1852, los gobiernos provinciales habían buscado establecer una colonización de la cual la renombrada Chivilcoy es ejemplo. A partir de allí, los inmigrantes europeos y el ferrocarril —la temprana empresa provincial Oeste de Buenos Aires, privatizada en 1889— renovarían una tradición agrícola que había cedido sólo en parte a la expansión lanera del tercer cuarto de siglo. Crecientemente, a partir de 1880 sería el corazón moderno de la provincia, junto con la zona norte y algunos partidos nuevos adyacentes que rápidamente se incorporaron a la producción cerealera luego de su ocupación, como Bragado, 9 de Julio o 25 de Mayo.

Al sur de la ciudad y al norte del Río Salado se extendía el último territorio colonial de Buenos Aires. Ocupado de antiguo cerca de la ciudad (Quilmes, pagos de Magdalena), lo fue más recientemente al sur, en Chascomús. También disfrutó de un temprano desarrollo ferroviario con el Ferrocarril del Sud de Buenos Aires, de capitales radicados en Londres. Si bien varios puntos de la región tuvieron algo de agricultura (en parte, para el abasto local), sus tierras bajas la transformaron en un centro ganadero, que pasó del ovino al bovino en las décadas de 1880 y 1890. Su ocupación más reciente prohijó propiedades más amplias, y la transformación de las modalidades de producción restringió a partir de la campaña de Roca el acceso informal de pequeños productores, difundido en tiempos antiguos en esta frontera. Sin embargo, la pequeña producción no está totalmente ausente en la etapa aquí considerada. Es en esta región, además, donde se instala la nueva capital provincial.

En estos espacios de ocupación más temprana encontramos los antiguos y pequeños núcleos urbanos de la pampa criolla, cuya vida cambiaría radicalmente con el arribo del ferrocarril, la inmigración y la dinamización económica; procesos que comenzaron a despegar desde la década de 1850 y, en algún aspecto, quizás incluso desde unos años antes.

El resto de la provincia, con límites que en 1884 se amplían y se restringen —por la incorporación efectiva de las tierras capturadas en 1876-1879 y por la pérdida de las aspiraciones a los territorios de La Pampa y

Patagonia, que la nación guarda para sí—, es tierra de frontera. Entre el Salado y el cordón de Tandilia, los pagos de Martín Fierro fueron el ámbito propio de la frontera criolla hasta 1880. Cuando el Ferrocarril del Sud cruzó el Salado en la década de 1870, el vínculo con Buenos Aires se había hecho más fluido, y en la década de 1880 los ramales atravesarían la zona para llegar a Bahía Blanca. La agricultura allí guardaría mayormente su carácter marginal hasta entrado el siglo XX, destinada sobre todo a los mercados locales y practicada en chacras ejidales, cuyo acceso para los colonos no fue difícil hasta la década de 1870. Desde esos años, sin embargo, es una zona lanar, que va convirtiéndose al vacuno refinado a medida que éste comienza a proliferar y sus posibilidades de exportación van tomando forma, en la década de 1890, con la exportación de ganado en pie a Inglaterra; una zona además de grandes estancias de viejos enfiteutas —estudiados por Guillermo Banzato en el capítulo 9 del Tomo 3—, como Vela, Miguens, Anchorena, Sáenz Valiente, entre otros. Núcleos urbanos como Tandil, Azul, Tapalqué, viejos guardianes de frontera, pierden rápidamente ese carácter y forman una red con poblaciones más jóvenes, como Rauch, Juárez, Balcarce, unidas por las vías del tren.

Hasta la década de 1870, la ocupación “cristiana” del espacio entre Tandil y Bahía Blanca se había dado de manera lenta, fluctuante y precaria, avanzaba progresivamente desde la costa. Sólo el puerto sureño y su zona aldeaña eran controlados de manera firme por el Estado argentino, hasta ese momento. Precisamente por ello, el único pasado criollo que la zona conoció, fue una escasa y dispersa población de frontera, constituida por guarniciones militares, gauchos matreros, estancieros aventurados, mercachifles ambulantes (éstos, en general, extranjeros). Pero la exclusión de la disputa con los araucanos de las pampas y la rápida vinculación ferroviaria con Buenos Aires y Bahía Blanca hicieron de ésta una muy exitosa zona de nueva ocupación. Más allá del extraordinario caso del cuadrado de 100 leguas de tierra (250.000 hectáreas) que perteneció primero a Eduardo Casey, luego a Baring Brothers, por la quiebra de Casey, y finalmente a Ernesto Tornquist, donde se crearon inmensas estancias, colonias agrícolas y pueblos, la forma en que se privatizó la tierra conquistada facilitó su concentración en propiedades grandes. La falta de mano de obra, sin embargo, creó posibilidades para arrendatarios y aparceros, y con el tiempo fueron surgiendo

unidades productivas menores, fruto del acceso a la tierra de inmigrantes exitosos. La cría del lanar fue la primera producción en expandirse en la región, pero la agricultura del trigo compitió pronto con ella por la tierra. Necochea, Tres Arroyos, Dorrego, Tornquist son sociedades sin más pasado que el que los recién llegados traían consigo. Una sociedad dinámica y abierta que, aunque desde luego no careció de conflictos, ha sido bellamente caracterizada como *La paz del trigo*,<sup>5</sup> por su considerable capacidad para procesarlos y contenerlos.

Todo lo que queda de la actual provincia, una ancha faja al oeste que se extiende desde el límite con Santa Fe (Villegas) hasta la zona de Bahía Blanca y el Río Negro, cobijando a Carmen de Patagones, cuya identidad bonaerense es respetada, son tierras nuevas que se distribuyen en grandes extensiones y se ocupan de manera sorprendentemente rápida, con grandes estancias y algunas pocas colonias. En las tierras más aptas al norte y al sur crecerá la agricultura, sujeta a los largos ciclos climáticos —marcados por Carlos Reboratti en el Volumen 1 de la colección—, ya que la zona es algo más seca que la región este, y también se practicará allí la cría ovina y del vacuno criollo, luego reemplazadas por la cría de bovinos finos. Al igual que en el resto de la provincia, las migraciones de nativos y extranjeros irán estableciendo una nueva sociedad, cuya evolución estará sujeta a las posibilidades productivas de las diferentes regiones.

Esta dinámica social, sin embargo, no es exclusiva de las zonas nuevas. Si en la década de 1880 la impronta del pasado marcó diferencias notorias entre las regiones de Buenos Aires, el desmedido crecimiento de su economía agraria tendió a limitar las diferencias. Desde luego, las comarcas más viejas muestran una reducción en el tamaño de las unidades económicas. Pero su producción rápidamente sacó provecho de las posibilidades ecológicas, de transportes y mercados, que, por encima de las tradiciones, dominaron la definición de las áreas productivas y generaron una limitada diversidad en su trayectoria. Y más allá de cierta diferenciación en la organización urbanística, los pueblos fueron adquiriendo formas de vida y sociabilidad considerablemente similares.

Como se ha dicho, esas recurrencias no constituyen una referencia identitaria fuerte. Lo que no implica que no se recuperase una experiencia cultural que está en la matriz de lo bonaerense: la tradición criolla. Su expresión literaria es multiforme, y si el *Martín Fierro* y Güiraldes

son sus referencias obligadas, las expresiones gauchescas que siguieron la secuela de Juan Moreira, —no sólo en la prolífica obra de Eduardo Gutiérrez sino en el difundido género criollista que contaba con múltiples autores de jerarquías diversas—, se multiplicaron en innumerables relatos de tono popular. Como ha mostrado Adolfo Prieto, esta tradición tuvo gran impacto entre los hijos de los inmigrantes y, no pocas veces, en los mismos extranjeros.<sup>6</sup> Dentro de la sociabilidad de pueblo —analizada en detalle en el capítulo de Ricardo Pasolini en este tomo—, las agrupaciones criollistas, el teatro con temas de ese tenor, las expresiones festivas tradicionales (doma, carrera de sortija, baile y canto, y comidas como el asado, el locro y las empanadas) le daban a esa sociedad una visión de su pasado que conformaba la contracara de la introducida por los venidos de Europa —estudiada más adelante en este tomo por Alejandro Fernández—, de sus propias costumbres, fiestas, comidas. El gringo disfrazado de gaucho y el nieto de criollo mezclado en una romería asturiana, andaluza, o en las festividades del 20 de Septiembre (Día de la Unificación Italiana) son la cara exitosa de la fusión cultural. Su cara oscura, el resentimiento y conflicto, cuya expresión más brutal había tenido lugar en Tandil, una década antes del período aquí estudiado (la llamada masacre del Tata Dios, en 1872),<sup>7</sup> y que se prolonga en una conflictividad individual más limitada que, sin embargo, cede de manera bastante rápida con la transformación social de la década de 1880.

La crisis de 1890, con su legado de desocupación y pobreza, golpeó más duro a la economía urbana que a la rural. Aunque los precios agrícolas no fueron buenos en esos años, el crecimiento, lejos de detenerse, se expandió a mayor ritmo que en la etapa anterior, en buena medida gracias a las inversiones realizadas antes de la crisis que se concretaron o maduraron en medio de la depresión del primer lustro de la última década del siglo XIX. Así, los pueblos y la campiña bonaerense fueron un refugio para no pocas personas expulsadas por la detención del crecimiento porteño, ya que la construcción, demandante de mano de obra poco calificada que también podía encontrar ocupación rural, fue el sector más golpeado. El censo de 1895, que contiene algunos datos de población para 1890, muestra cómo la detención del crecimiento urbano contrasta con el crecimiento rural en la provincia durante esos cortos años. Superada la crisis, la expansión de la economía provincial seguirá el rumbo de su creciente inserción en el mundo.

Como vimos, la derrota de Tejedor y su intentona revolucionaria cerraron una etapa para la provincia, redefiniendo, aunque sólo en parte, las formas de su política. La fracción del Partido Autonomista que había apoyado a Roca contra Tejedor se unió al Partido Nacional, la formación política que propiciara las candidaturas de Nicolás Avellaneda y del propio Roca, y dió origen al Partido Autonomista Nacional (PAN), que se constituiría en el marco dominante para quienes participaron en la vida política por algo más de veinte años. El PAN, sin embargo, no era más que una referencia laxa de identidad, que marcaba ciertas afinidades y ciertas enemistades, casi todas ellas provisionales. Cada provincia tenía su propia vida facciosa, y la inserción nacional de las facciones provinciales estaba ligada tanto a redes personales como a conveniencias coyunturales, ambas mayormente precarias. Por ello, el PAN no delimitaba un sector político preciso, que separara claramente lo “interno” de lo “externo”. Facciones del PAN podían aliarse a grupos que hasta ese momento no lo constituían, para enfrentar a otros sectores que se referenciaban en esa identidad, lo que borraba cualquier límite preciso entre la lucha política interna del PAN y la lucha política en sí. Esto era facilitado porque en el plano programático e ideológico había en general ciertas coincidencias amplias en todo el espectro político, y allí donde surgían propuestas divergentes, éstas pocas veces se ajustaban a las líneas de fractura de los partidos y facciones. Vale decir, a la hora de apoyar medidas precisas, tales como aranceles aduaneros, política monetaria o trazados ferroviarios, los alineamientos, por ejemplo, en el parlamento o la prensa, no seguían de manera necesaria las mismas lógicas que en las confrontaciones políticas.

Estas últimas emergían cuando se trataba de aprobar un resultado electoral disputado, intervenir una provincia o promover un proyecto de reforma electoral. Y en esos momentos se hacía patente la provisionalidad de los alineamientos. Los amigos de ayer podían encontrarse hoy en bandos irreconciliables, y los enemigos irreductibles aparecer como los más firmes aliados. Todo esto hace que hablar del predominio del PAN en este cuarto de siglo sólo signifique que, durante esa etapa, las facciones hegemónicas optaron por definir su identidad con aquella referencia, sin que ello excluyera que en el juego de construcción de apoyos y oposiciones actuara un conjunto de sectores internos y externos a ella. El recurrente recurso, desde mediados de la década de 1870, a los



acuerdos entre partidos y las aún más frecuentes divisiones y confrontaciones entre grupos que se consideraban integrantes del PAN reforzaban esta tendencia.

Dentro de estas características del juego político, la década de 1880 no presentó en Buenos Aires grandes dificultades para el sector autonomista integrado en el PAN. Avellaneda había intervenido la provincia después del intento revolucionario de 1880, y la intervención aseguró el triunfo de los sectores próximos al gobierno nacional. Así, Dardo Rocha (1881-1884), una de sus figuras emblemáticas, ocupó la gobernación. Pero esa proximidad duraría poco. No bien asumió, Rocha dio muestras de pretender heredar a Roca en la presidencia y apeló a los recursos de su poderosa provincia para sostener su ambición. Nada parecía haber cambiado, y en la lucha entre gobernador y presidente, una vez más, triunfó el segundo. Aunque el sucesor de Rocha, Carlos D'Amico (1884-1887), siguió en su línea, su apoyo fue insuficiente. Luego de la victoria presidencial de Miguel Juárez Celman en 1886, la provincia volvió al oficialismo, ahora juarista. Por unos años –hasta Manuel Ugarte– sus gobernadores no volverían a competir por la primacía nacional.

Desde mediados de la década de 1870, Buenos Aires había modernizado sus reglas políticas, incorporando la representación proporcional en su Legislatura. En 1889 amplió el concepto para hacerlo también en el colegio electoral de gobernador. Además, requería el apoyo legislativo para la designación de ministros. En 1893, con una crisis política nacional que se arrastraba desde 1890, radicales y mitristas intentaron una revolución en la provincia, analizada por Roy Hora en el primer capítulo de este tomo. El éxito inicial de los primeros sucumbió a una intervención nacional; como consecuencia, las reglas establecidas dieron lugar a un inédito equilibrio de fuerzas y al protagonismo de los liderazgos locales. Las elecciones resultaron competitivas, y los gobiernos, que ya no fueron del PAN –aunque contaron con su contribución en el colegio electoral–, recayeron en Guillermo Udaondo (1894-1898), un mitrista, y en Bernardo de Irigoyen (1898-1902), que integraba entonces una facción del radicalismo. Pero lo más significativo fue el inicio de algo que sería característico de la provincia bonaerense: la confrontación entre dirigencias principales, lo que aquí equivale a porteños, y los hacedores de la política local, quienes podían asegurar victorias electorales. Si éstos no llegaron a ser autónomos respecto de

los dirigentes de la ciudad, los caudillos del interior provincial cobraron un protagonismo notorio y persistente.

En alguna medida, esto se correlaciona con que la provincia nunca recuperó una fuerte referencia urbana propia. En lugar de un nuevo centro dominante hubo tres ciudades, con claras diferencias funcionales, que llegaron a ser las más importantes, sin alcanzar la preeminencia en la vida urbana de las viejas capitales provinciales. La Plata se erigió, naturalmente, en sede política; Mar del Plata fue un centro social y Bahía Blanca, un polo económico.

La capital provincial, rápidamente vinculada a Buenos Aires por el ferrocarril y, como vimos, testigo de un deslumbrante crecimiento demográfico, no llegó a constituir, sin embargo, la residencia de su clase política, como lo eran las otras capitales de provincia. La crema de los políticos bonaerenses seguía residiendo en Buenos Aires y, cuando sus funciones los obligaban a trasladarse a La Plata, lo hacían con reticencia y temporariamente. Los líderes políticos del interior provincial debían preservar sus bases territoriales. Así, la capital era asiento del gobierno y de la administración, pero no de una clase política. Era también —como ya se ha mencionado y se verá en el capítulo de Osvaldo Graciano— un centro con ambiciones culturales y sociales, y su diseño incluyó un puerto (Ensenada) que, sin embargo, nunca logró consolidarse como la puerta de la provincia. Buenos Aires seguiría desempeñando esa función, disputada por varias bocas menores: San Nicolás y otros puntos sobre el Paraná, Mar del Plata y, más tarde, Quequén en el litoral marítimo, y sobre todas ellas, Bahía Blanca.

Hasta la Campaña del Desierto, Bahía Blanca, semiaislado punto suroccidental, era un hito de contacto defensivo, guerrero y también comercial, y de otros encuentros pacíficos con las parcialidades araucanas de las pampas. En parte por ello, y también para abastecer un entorno rural ya en expansión desde la década de 1870, fue un mercado de creciente importancia. Si el sometimiento y la expulsión de las culturas amerindias borraron en gran medida su perfil militar, el triunfo de los ferrocarriles, los estancieros nativos y extranjeros, los colonos agrícolas propietarios o arrendatarios (en su mayoría extranjeros), los frigoríficos, los talleres artesanales y las manufacturas, las casas comerciales y las empresas exportadoras le dieron un impulso sorprendente, basado en las ventajas de su locación. Hacia fines de siglo, la creación de la base naval

militar de Puerto Belgrano –relegando la idea del Golfo Nuevo, Puerto Madryn, para esa función–, en la vecina Punta Alta, fue el aporte del Estado nacional para la promoción de la ciudad sureña. Este impactante dinamismo promovió la ilusión de una “Nueva Provincia” –pregonada por el periódico local que de allí tomó su nombre– que tuviera en aquella ciudad su capital. Aunque el proyecto no avanzó, Bahía Blanca se consolidó como un lugar privilegiado sobre las otras ciudades comerciales y “protoindustriales” de la provincia.

La historia de Mar del Plata es muy diferente. Si bien también contó con una rápida integración a la red ferroviaria y un puerto, que eventualmente se especializaría en la actividad pesquera, su rasgo distintivo como centro balneario aristocrático la hizo desde un comienzo un espacio vinculado a la vieja capital provincial devenida en propiedad de la nación. Ello atestigua hasta qué punto la provincia carecía de una elite autónoma, específicamente, bonaerense. La temprana Mar del Plata fue una activa ciudad comercial y portuaria de la provincia, pero ante todo fue el centro turístico de Buenos Aires. Las grandes fortunas de la provincia, sus dirigentes políticos más encumbrados y sus sectores sociales más sofisticados, construían lujosas y emblemáticas mansiones en la Recoleta y Barrio Norte, que poco antes habían desplazado a San Telmo como barrio elegante porteño. Un suntuoso chalet marplatense o unas hectáreas de bosques y jardines alrededor de deslumbrantes palacetes rurales, no pocas veces con una lujosa capilla incluida y una estación de ferrocarril propia donde desembarcar en las estadías estivales, constituían la sede bonaerense de quienes mejor provecho sacaban de la prosperidad de la provincia.

No eran éstos, desde luego, los únicos en disfrutar de esas mieses. En 1881, Bahía Blanca contaba con poco más de 2.000 habitantes y Mar del Plata, con la mitad; La Plata aún no existía, aunque en 1895 ya tenía más de 45.000 habitantes, duplicando el número para el tercer censo nacional en 1914. En 1895 en el puerto del sur habitaban 9.000 personas, alcanzando 44.000 en 1914, y Mar del Plata pasó de algo más de 5.000 a 27.500 del segundo al tercer censo nacional. Pero el extraordinario crecimiento de estas ciudades –proviniedo casi de la nada para llegar a ser respectivamente la quinta, novena y undécima ciudades por tamaño de todo el país al producirse la Gran Guerra–, aunque revela un sorprendente desarrollo, contrasta pobremente con la antigua capital. No tenemos datos para

1881, pero puede estimarse que vivirían unas 300.000 personas, y para el siguiente censo, en 1887, superaban las 400.000. En 1895 la cifra es de 664.000 y para 1914 se aproximaba a 1,6 millones. En concreto, aunque el extraordinario crecimiento de los tres principales núcleos urbanos bonaerenses exhibe la enorme dinámica de la provincia, su antigua capital siguió conformando un núcleo gravitacional desmedido. De hecho, toda la población urbana provincial en 1914 (en centros de 2.000 y más habitantes), para entonces superior a la rural en un 20%, era un 30% menor a la porteña, como muestra Leandro Losada en el tercer capítulo de este tomo.

Si esto ilustra por qué Buenos Aires era una provincia nueva después de 1880, no debe ocultar que resultaba también una provincia notablemente rica y pujante. Muchas de sus ciudades “menores” se ubicaban entre las más grandes del país, pese a no poseer los recursos de una capital provincial. En el viejo norte, Chivilcoy (ciudad número 16, por tamaño en la nación), Mercedes (18), Junín (19), Pergamino (20) y San Nicolás (23) superaban los 20.000 habitantes; y en el nuevo sur, Azul (21), Tres Arroyos (25) y Tandil (27) estaban algo por debajo. Enhebrada por las vías del ferrocarril y los circuitos comerciales –analizados más adelante en esta obra por Andrea Lluch–, se enlazaba una dinámica red de poblaciones cuyas dimensiones y distancias se diferenciaban por su funcionalidad económica. Pueblos grandes y próximos entre sí surgieron en los distritos poblados y ricos, en especial en la zona agrícola de ocupación más antigua, y más espaciados y pequeños en las tierras bajas destinadas a la cría ganadera, la depresión central de la provincia. En esta red urbana, algunas viejas familias criollas y, quizá con igual o mayor frecuencia, en las tierras más nuevas, los exitosos pioneros inmigrantes conformaron acomodados grupos privilegiados locales. El censo de 1914 revela también algo que adquiriría un nuevo significado. Con una población de más de 46.000 habitantes, Avellaneda era la octava ciudad de la Argentina, y con Lanús (11), Lomas de Zamora (17) y Quilmes (22) sumaban 120.000 habitantes, hallándose entre los distritos urbanos más grandes de la república. Pero dejemos el análisis de este fenómeno para más adelante.

Para mostrar los cambios en esta temprana etapa resulta ilustrativa la vida de un notable personaje que nos ha legado en sus relatos y memorias una síntesis de varias dimensiones de la vida bonaerense de este

momento. Teófilo Gomila era descendiente de una familia marginal de la elite unitaria porteña emigrada a Montevideo, donde se vinculó por matrimonio a una familia federal uruguaya, tampoco de las más encumbradas. De esa unión nació Teófilo, que en su temprana juventud optó por la banda sur del Plata. Aventurero radicado eventualmente en la frontera, creó y perdió unidades productivas rurales, entre Azul y Tapalqué, en relaciones de amistad y conflicto con los indios, entre quienes estuvo cautivo. Logró huir gracias al amor de una “china”, en una intensa aventura, característica de los tiempos heroicos de la frontera. Seguramente, nunca fue propietario de las tierras en las que trabajó en esta etapa. Cerrado el ciclo de frontera, se asentó en Tres Arroyos, donde fue un personaje destacado, mediador político vinculado con autonomistas y radicales (y con fuertes resquemores con los mitristas), editor de un periódico y productor agrario. Su ambición lo llevaría a una residencia en La Plata, donde, sin embargo, ni él ni su familia lograron trascender más allá de una respetable clase media urbana.<sup>8</sup>

La trayectoria de un “nativo rioplatense” como Gomila guarda cierto paralelo a la de inmigrantes exitosos como Manuel Eygler o Bernardo Sabatté Laplace en Tandil; el primero, un danés que arribó al partido siguiendo al pionero Juan Fugl y que llegó a ser concejal, líder de su comunidad y respetada figura del pueblo; el segundo, un ingeniero francés, fundador del molino El Progreso, integrante de logias masónicas y dirigente de sociedades mutuales y de la corporación municipal. Ninguno de ellos, sin embargo, se puede comparar con éxitos excepcionales como los de Pedro Luro o Ramón Santamarina. Ambos españoles arribados al Río de la Plata sin fondos reunieron capital en diversas actividades, como el transporte (en la era de las carretas), la forestación y otras tareas, que invirtieron en tierras en la etapa temprana, cuando éstas tenían bajo precio. Para el período que nos ocupa se contaban entre las destacadas fortunas bonaerenses, con grandes estancias en diversos puntos de la provincia. Luro también tenía propiedades en La Pampa y participó en la creación de Mar del Plata, el balneario que simbolizaba entonces a la clase a la que supo sumarse. Santamarina fue un promotor del progreso en Tandil, donde era además propietario de una larga lista de inmuebles urbanos para arrendar. Sus obras filantrópicas (el Hospital Municipal, una escuela agrícola) han dejado marcada su presencia junto al esplendor de sus estancias. Finalmente, su opulencia lo llevó a una

residencia en Buenos Aires, espacio inevitable de su consagración social. Allí socializaba con sus vecinos rurales, los Pereyra Iraola, herederos de la impronta innovadora de la producción rural de Leonardo Pereyra –uno de los fundadores de la Sociedad Rural, cuando ésta era esencialmente una difusora de la renovación de la tecnología agraria–, y con el más conservador legado de los Anchorena, cuyo patrimonio, a través de sus hijas, llevaba apellidos como Zuberbühler, Rodríguez Larrreta, Casares. Sus hijos formarían parte natural de la crecientemente conservadora elite plutocrática, integrando una Sociedad Rural ya transformada en la corporación de los grandes estancieros. Contrastan así con el pasado liberal y masón de Ramón Santamarina, que lo unía, por ejemplo, a las trayectorias de Sabatté Laplace y Eygler. Así, el espíritu pionero y modernizador que había guiado la etapa fundacional del progreso bonaerense fue girando rápidamente hacia una actitud más conservadora de jerarquías y fortunas.

Por otro lado, las trayectorias reseñadas dan cuenta de manera muy sesgada de la dinámica social de la Buenos Aires de la gran expansión. Los grandes números estaban constituidos por una masa de peones y jornaleros, alambradores, domadores, horneros, carpinteros, dependientes, mercachifles... donde se mezclaban los viejos criollos –descendientes en algunos casos de familias que habían sido productoras autónomas en tierras fiscales o ajenas, cuyos hijos sólo conocerían la alternativa del mercado de trabajo– con inmigrantes, para quienes la modesta movilidad social, si es que venía, debería esperar a una segunda generación. Para este amplio espectro social, la crisis de 1890 marcaría un triste augurio. La desocupación, según se ha dicho, golpeó menos duro en el ámbito rural, pero la caída del salario real provocada por la devaluación de la moneda afectó por igual a asalariados urbanos y rurales y, junto con la restricción al crédito, alejó la perspectiva del progreso. Cuando lentamente la situación se fue recuperando, de la mano de la maduración de las inversiones de la década de 1880, de la expansión agrícola y de la mejora de los precios internacionales de dichos productos, la escala de la movilidad tendió a limitarse, en parte por una creciente dificultad para el acceso a la tierra. Algunas coyunturas en determinados espacios –como el giro agrícola en Tres Arroyos y partidos vecinos a comienzos del siglo XX– ofrecieron posibilidades ciertas de progreso notable. Pero para la mayoría, la movilidad tendría como tope la respetabilidad pue-

blerina de un pequeño comerciante, de un trabajador especializado, de un empleado público o, en el sector privado, de una maestra o un profesor de escuela media y, como mucho, de un hijo en la universidad en La Plata o Buenos Aires.

Algunos de los menos afortunados de estos grupos, desilusionados de un enriquecimiento esquivo, en la década de 1890 y a comienzos de siglo XX iniciaron la búsqueda de mejores condiciones de trabajo y de vida a través de la militancia gremial, como muestra Adrián Ascolani en su contribución a esta obra. Sectores como los ferrocarriles y las canteras renunciaron en esta etapa a la conformación de sindicatos y a la movilización obrera, que tendrían un punto culminante años más tarde. La nueva etapa abierta con el siglo XX comenzaría retomando la senda de la prosperidad de los años ochenta, aunque con menor apertura social, hasta que la Gran Guerra introdujera cambios que ya no serían totalmente reversibles.

#### AUGE Y CRISIS. LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES Y EL MUNDO

Desde el mismo momento en que la vieja capital virreinal optó por romper sus amarras coloniales, la evolución de Buenos Aires estuvo estrechamente ligada a sus lazos con el mundo, en particular con Europa. Sus exportaciones, primero pecuarias y más tarde también agrícolas, fueron la base de una creciente riqueza. Europa proveyó la tecnología y los bienes de capital para expandir la producción y adelantó el crédito para ampliar y tecnificar los sistemas de producción, transporte y comercialización. Las importaciones provistas por el pujante mundo industrial bajaron los costos y renovaron los productos, mejorando la calidad de vida, en especial la de los sectores de menor ingreso, que ahora tenían acceso a posibilidades crecientes de consumo. También de allí llegaron los millones de almas que proporcionaron el trabajo y la iniciativa para una parte sustantiva del crecimiento económico. Los fundamentos del liberalismo dieron desde el momento mismo de la revolución una base ideológica y programática en torno de la cual producir los escasos consensos para, poco a poco, renovar el sistema político. Si bien las desviaciones respecto de las doctrinas liberales fueron innumerables, constituyeron el elemento

aglutinante más significativo a lo largo de todo el siglo posterior a la revolución. En breve, por un siglo, Buenos Aires aprovechó su ligazón con los mercados y las ideas del mundo para fundamentar un periplo considerablemente exitoso. El Centenario parecía marcar la gloria de esa trayectoria.

Sin embargo, en esos mismos años el mundo comenzaba a cambiar, y lo que vendría ya no daría lugar a un espíritu tan optimista. Un fruto inesperado del desarrollo del liberalismo fue la consolidación de los estados nacionales modernos, ámbito natural de las instituciones liberales. Pero la competencia, la desigualdad y los conflictos identitarios que surgieron entre ellos irían cambiando las condiciones del mundo y crearían una crisis en el consenso liberal. A su vez, el crecimiento de la riqueza incrementó la desigualdad, material, que se hacía menos tolerable en el marco de una doctrina que proclamaba la igualdad jurídica de los seres humanos. Las desiguales oportunidades resultaban más conflictivas bajo la hegemonía de ideas que favorecían el individualismo y buscaban desvanecer los compromisos personales, reemplazándolos por normas contractualistas. Estas circunstancias favorecieron el desarrollo del conflicto entre las naciones y entre los sectores sociales. Y al crecer, éste se revistió de una mezcla de versiones remozadas de antiguas doctrinas y sensibilidades que el liberalismo no había desalojado totalmente, como la religión conservadora o el paternalismo social, y de nuevas ideas que reaccionaban contra aspectos específicos del liberalismo y las sociedades capitalistas, como el nacionalismo, el socialismo o el anarquismo.

Por otro lado, en buena parte del mundo de raíz europea, la etapa de auge del desarrollo del liberalismo decimonónico y de la apertura comercial se dio en el marco de repúblicas restringidas y hegemonía oligárquica. En efecto, más allá de las doctrinas más o menos igualitarias que, según los casos, fundaban los sistemas políticos, la participación política amplia era excepcional (quizás el de los Estados Unidos fuera el único ejemplo). En Buenos Aires, al igual, seguramente, que en muchos otros lugares, esto fue posible porque el dinamismo de la economía y las mejoras de las condiciones materiales de vida —reflejadas, por ejemplo, en indicadores básicos como la reducción de la mortalidad infantil, el aumento de las expectativas de vida y del alfabetismo, la diversificación de la estructura social con la expansión de los sectores medios— diluyeron o



postergaron las tensiones sociales propias del mundo precapitalista. Pero el mismo éxito de las transformaciones económicas e ideológicas fue la medida de las crecientes contradicciones en las repúblicas oligárquicas. La hegemonía de una elite burguesa, que favoreció –en provecho propio y general– una renovación de las estructuras económicas y sociales, era puesta en entredicho precisamente porque esas nuevas estructuras ya no se correspondían con un mundo dominado por elites establecidas.

Junto con las ventajas de abrirse al mundo, Buenos Aires sufrió los costos. Éstos aparecerían en la forma de una Gran Guerra, que comenzó a alterar los lineamientos de un sistema económico que le había permitido crecer por más de un siglo y de manera explosiva en los treinta años previos. Generó además un creciente incremento de la conflictividad social y dio lugar a tensiones en su sistema político que terminarían por cambiar las reglas del juego. En la etapa que nos ocupa en esta sección, las primeras dos décadas del siglo XX, estos fenómenos comienzan a manifestarse, aunque sus efectos más disruptivos se verían en general más adelante. Pero antes de que ello ocurriera, en lo económico al menos, todo parecía exhibir un momento de máximo esplendor.

La provincia de Buenos Aires había sido desde su misma creación el emporio de la riqueza rioplatense. Centro principal de producción del cuero, en el que se especializó la región en la primera mitad del XIX, también lo fue de la lana, que ocupó su lugar desde mediados de siglo. Siempre tuvo una activa agricultura que abastecía mayormente el mercado interno. En el último cuarto del siglo XIX, sin embargo, Santa Fe se convirtió en la principal provincia cerealera de la Argentina. En la década de 1880, la creciente demanda porteña exigió “importar” grano desde allí para completar su abasto. El principal excedente exportable bonaerense seguía siendo la lana, y tibiamente se iba incorporando la carne ovina. Como muestra Juan Manuel Palacio en esta obra, la década siguiente, pese a la crisis, exhibió impresionantes desarrollos productivos. A la lana y los cueros, que seguían siendo exportables de gran valor, se sumó la carne ovina congelada, que salía de frigoríficos de varios puntos de la provincia, del Plata y del Paraná, y de Bahía Blanca. Como vimos, surgieron varias zonas agrícolas que excedieron holgadamente el mercado local; cada vez más trigo, maíz y algo de lino bonaerense partían rumbo a Europa. Promediando la década, ya

volvía a ser la principal provincia agrícola de la Argentina. Y el producto destinado a ocupar el lugar más emblemático de sus exportaciones, la carne bovina de máxima calidad, comenzó a alcanzar el mercado externo en la forma de ganado en pie. La lenta renovación ganadera, iniciada treinta años antes por los jóvenes que fundaron la Sociedad Rural, comenzaba a dar sus frutos en un producto de excelente refinamiento. En cierta forma, en aquella difícil década, la Buenos Aires agroexportadora llegó a definir su perfil productivo.

En la década de 1900 alcanzó su verdadero auge. El trigo, el maíz y el lino bonaerense se convirtieron en mercancías estándar en los mercados mundiales. Las exportaciones ganaderas en pie desaparecieron como consecuencia de los brotes de aftosa, pero fueron reemplazadas con mayor éxito por la carne congelada y, más tarde, enfriada (el famoso *chilled beef*). El crédito agrario se restableció, se reabrió el Banco Provincia y el Banco Nación lideró la financiación del desarrollo productivo provincial, en tanto la trama de comercio y crédito en menor escala lubricó la economía provincial, tal como muestran Andrés Regalsky, María Liliana Da Orden y Andrea Lluch en sus contribuciones a esta obra. La red de líneas ferroviarias troncales fue complementada con ramales colaterales, haciendo que casi cualquier punto de la provincia tuviera una estación de tren a una distancia no mayor de unos cincuenta kilómetros. La inmigración masiva de comienzos del siglo XX cubría el territorio de una población que ya no era dispersa, y los servicios de educación, salud y seguridad la alcanzaban de manera creciente. Aunque los salarios no crecían ya al ritmo anterior a la crisis de 1890, seguían siendo atractivos en el contexto internacional. Sólo los ocasionales problemas agrícolas —sequías, langosta— parecían afectar el crecimiento de la economía.

Dos peligros muy distintos, sin embargo, se cernían sobre la riqueza provincial. Las tensiones que se venían acumulando en el sistema internacional estallarían en la Primera Guerra Mundial. Los mercados de bienes y capitales que habían asistido al crecimiento de la provincia se verían fuertemente afectados. Por otro lado, las fuerzas que llevaron a la guerra marcaron los límites de la confianza en la armonía comercial y, aunque el sistema de intercambios no desaparecería abruptamente y buscaría reestablecerse después de ella, el clima internacional ya no volvería a la relativa armonía que había beneficiado al Plata hacia finales del “largo siglo XIX”.

El otro peligro tenía que ver con la naturaleza misma de la economía bonaerense. El crecimiento económico puede basarse en la incorporación de factores de producción –tierra, trabajo y capital– o en el desplazamiento de la frontera de productividad –hacer que los factores produzcan más con la aplicación de mejor tecnología–. Buenos Aires aprovechó ambas posibilidades e incorporó nuevas tierras a la producción, gran cantidad de mano de obra y capital en forma de tecnología productiva –alambrados, aguadas, molinos, instalaciones, maquinaria agrícola, reproductores– y de infraestructura. Las técnicas agrarias se transformaron, incrementando enormemente la productividad.

Para la década de 1910, toda la tierra había sido incorporada a la producción; pero en algunas áreas no lo había sido en términos de su capacidad productiva. La superficie sembrada creció mucho, entre 1913 y 1930, en trigo, maíz y lino. Las existencias ovinas bajaron desde la década de 1910 –y aun más en la provincia, ya que se dio un desplazamiento de la actividad hacia tierras marginales en La Pampa y Patagonia, como muestra el capítulo de Fernando Rocchi– y las bovinas crecieron, pero no tanto. Una clave fue la reducción de equinos. Al reemplazarlos con maquinaria como fuerza motriz, se liberaron tierras para otros usos. Este fenómeno fue especialmente importante en las áreas agrícolas, que requerían más animales de trabajo. Más allá de ello, hubo una intensificación del uso, que puede considerarse una expansión horizontal, por el mejor aprovechamiento de la tierra gracias al incremento de inversión y mano de obra. Después de la Gran Guerra, sin embargo, estas posibilidades fueron mucho más limitadas que antes. Ya no había más tierras nuevas que incorporar, y la intensificación del uso sólo afectó algunas áreas, como el sudeste de la provincia. Como vimos, las inversiones en infraestructura, en especial en ferrocarriles, se aproximaron a su expansión óptima en la provincia a comienzos del siglo XX. La llegada de más mano de obra tendría un impacto menos favorable, afectada por los rendimientos decrecientes de agregar más gente en el mismo espacio. Y si bien la tecnología agraria seguiría progresando, una cosa es crecer por la rápida modernización de un sistema muy atrasado y otra es hacerlo más lentamente, dependiendo de la paulatina incorporación de nuevos adelantos.

Esto se advertía en el mercado de capitales. Mientras la Argentina y, sin duda, su provincia líder, Buenos Aires, importaban capital hasta la

crisis de 1890, reflejando su demanda de inversiones, mantuvieron un saldo negativo en sus cuentas de capital después de recuperarse de la crisis, mostrando que las nuevas inversiones podían financiarse con el saldo comercial favorable. Esto fue así porque las posibilidades de crecimiento productivo eran más limitadas, y una parte creciente de las inversiones ya no se orientaba al crecimiento hacia afuera. Mientras los ferrocarriles y los puertos, los frigoríficos y el crédito agrario favorecían las exportaciones del sector más productivo de la economía de la provincia, el desarrollo de transporte o infraestructura urbana, la red eléctrica para el consumo familiar o la industria orientada al mercado doméstico eran alternativas menos rentables, cuya capacidad de promover crecimiento estaba más limitada. Así, el auge prebélico contenía elementos que anunciaban dificultades para después de la guerra.

Por lo demás, en las primeras décadas del siglo, la ahora capital nacional seguía siendo el centro de las nuevas formas de inversión y concentraba la mayor parte de la industria y el crecimiento urbano. Pero estos fenómenos ya comenzaban a “derramarse” sobre la provincia. No sólo los frigoríficos y talleres ferroviarios, sino también algunas plantas textiles y siderúrgicas y otros establecimientos manufactureros comenzaron a establecerse fuera de la capital. En ciertos casos, en regiones distantes, menos propensas a los conflictos obreros o más próximas a las fuentes de materias primas, como lo hicieron los molinos y la industria láctea, pero también, tímidamente, en el cordón cercano a la ciudad. Esta región se pobló en sus tiempos tempranos como centro de abastecimiento de la ciudad. El ferrocarril desdibujó esta función, pues permitió que en pocas horas se pudiera proveer a la urbe desde distancias mayores, pero a su vez creó otra, ya que con el ferrocarril (y el tranvía en el caso de Avellaneda) la periferia urbana se integraba a la ciudad. Comenzaba a nacer el conurbano bonaerense, y Avellaneda sería su más clásica expresión.

Estas ambigüedades de la economía se acompañarían con tensiones sociales. La inmigración masiva de la década de 1880 es sorprendente por el bajo nivel de conflicto que la acompañó. En la vida cotidiana el crecimiento de las comunidades inmigrantes —estudiado por Alejandro Fernández en el capítulo 10— no parece haber presentado aristas muy traumáticas. Más aún, la religiosidad aportada por miles de campesinos europeos, junto con el arribo de algunas órdenes religiosas que se enfoca-

ron en la pastoral de los inmigrantes (y de los nativos, en el caso salesiano) y de no pocos sacerdotes que se sumaron al clero secular, facilitó la reconstrucción de la estructura eclesiástica bonaerense, que había estado muy debilitada desde los tiempos de la revolución. Así, la Iglesia aumentaba su capacidad para contener el conflicto social. A su vez, la modernización de las estructuras productivas creaba la ocasión, como ya señalamos, para que nuevas ideas cuestionaran los fundamentos de las estructuras sociales existentes o, al menos, demandaran reformas importantes. Junto con la industria, la ciudad de Buenos Aires sería el foco del fenómeno. Pero también, junto con la industria, éste se derramaría sobre la provincia. Ferrocarriles, frigoríficos y las primeras plantas industriales dieron lugar al surgimiento de gremios y conflictos gremiales en Buenos Aires, según muestra Adrián Ascolani más adelante en esta obra.

Pero no sólo la industria sería el espacio de estas tensiones. La consolidación de una estructura agraria, en la que arrendatarios y aparceros, por un lado, y trabajadores asalariados, por otro, ocupaban lugares clave, creaba condiciones para la puja entre sectores y la acción de las organizaciones contestatarias. En el empleo rural, muy estacional y disperso, las organizaciones gremiales no lograron hacer mucho pie en esta etapa, aunque no faltaron ocasiones en que antes de la cosecha aparecieran conflictos salariales. Más importantes fueron los que surgieron en torno del arriendo y la aparcería. En 1912 se generó una intensa disputa entre propietarios y colonos por los niveles de los arriendos, y hubo una activa participación de los socialistas en el movimiento, que centrado en Alcorta, en el sur de Santa Fe, afectó a Buenos Aires, sobre todo al cordón maicero norte. Los conflictos se reiterarían luego de la guerra, con una serie de huelgas de arrendatarios en reclamo de mejores condiciones en los contratos —que fueran por escrito y con mayor duración, que se prohibieran las cláusulas expoliatorias y que se reconocieran las mejoras introducidas en los campos—. Una ley de 1921 aceptó estos derechos, pero su aplicación efectiva, sin embargo, no parece haberse generalizado. La mejora en la década de 1920 en las condiciones del sector agrícola tendió a diluir la confrontación.

Entre tanto, en el plano político la conflictividad en Buenos Aires descendió un poco a comienzos de siglo. El equilibrio de los años noventa entre radicales, mitristas y el PAN y la activa participación de

diversos sectores no habían provocado cambios notorios en la vida política, y cuando el gobernador Marcelino Ugarte logró reconstruir la hegemonía del PAN, esta disminuyó su intensidad. Más allá de ello, el contexto nacional cambiaba rápidamente. Por un lado, la desaparición de algunas figuras clave –Mitre, Pellegrini, Manuel Quintana, que ocupaba la presidencia– y el debilitamiento del liderazgo de Roca dificultaron aún más la construcción de un entramado oligárquico con cierta estabilidad, lo que nunca había sido sencillo. Ante estas circunstancias, la búsqueda de una salida mediante la reforma electoral aparecía como la fórmula para saldar una vieja deuda y, a la vez, solucionar la ausencia de liderazgos dominantes. Imprevistamente –al menos para los reformadores–, esto daría lugar al ascenso del radicalismo, que sabría sacar de la transparencia electoral mejor provecho que otras fuerzas, como se verá en el capítulo de Ana Virginia Persello. En Buenos Aires, sin embargo, Ugarte había logrado reconstruir su poder –debilitado por luchas con el gobierno nacional–, y las viejas facciones oligárquicas pudieron retener el control del gobierno hasta 1917, apelando a tradicionales mecanismos electorales.

Diluidos el PAN y el mitrismo, Ugarte creó una nueva agrupación en Buenos Aires, con el significativo nombre de Partido Conservador. Más allá de voluntades e ideologías, los cambios que el crecimiento y desarrollo de la economía habían introducido en la sociedad evaporaron el consenso renovador en la vieja oligarquía, que había dado impulso a la transformación de la sociedad desde la consolidación de su hegemonía a mediados del siglo XIX. En su lugar se mezclaron tendencias conservadoras, otras francamente reaccionarias y algunas moderadamente reformistas.

El radicalismo también era una agrupación conformada por sectores de la antigua dirigencia política distanciados de los partidos gobernantes, que contaban con considerable apoyo de otros sectores de las viejas élites, incluyendo a no pocos terratenientes que se habían mantenido al margen de la lucha política. Cuando la reforma electoral abrió un nuevo juego de poder, la sorprendente incorporación de vastos segmentos sociales a los comicios mostró que las nuevas prácticas encontraban un campo fértil. Éste fue aprovechado por el radicalismo, que había construido credibilidad a partir de su rechazo a las viejas formas de la política. El aparato electoral conservador retuvo el poder en la provincia, lo que

obligó al nuevo gobierno nacional de Hipólito Yrigoyen a intervenirla en 1917, “en defensa de la pureza del sufragio”. A partir de allí el radicalismo primaría en las elecciones bonaerenses, aunque el Partido Conservador mantendría una cuota electoral nada despreciable. El socialismo, también beneficiado por la reforma, sólo logró hacer pie en los distritos con amplia base obrera y, eventualmente, en alguna municipalidad —el caso de Mar del Plata— donde contaba con líderes populares.

### UN CAMBIO DE RUMBO

En la década previa a la Gran Guerra, el auge del viejo progreso oligárquico disimuló las transformaciones que el nuevo siglo iba a introducir lentamente. La década posterior a la guerra las haría tácitamente ineludibles. Aunque sobrevolaba la ilusión de regresar a la vida de la preguerra, en los años veinte la realidad se alejaba cada vez más de aquellas formas. En el mundo, la libertad de comercio se restringía, y fenómenos político-sociales impensables en el orden oligárquico, como el comunismo y el fascismo, desafiaban el pensamiento liberal. En la Argentina, los éxitos logrados en la preguerra restringieron el crecimiento de las alternativas más radicales, pero la incertidumbre sobre la continuidad del progreso coexistía con la ilusión de volver a él. La crisis y la depresión en la cuarta década del siglo no desterraron completamente aquellas ilusiones, pero la realidad impuso prácticas que hicieron cada vez más evidente que en un mundo diferente la sociedad bonaerense también adoptaría modos distantes de los que había tenido al nacer el siglo. En la década de 1930 fue tomando forma una nueva Buenos Aires, cuyos rasgos contradictorios se harían evidentes con la llegada del peronismo.

La guerra había cortado el flujo de inversiones no sólo por la falta de financiación sino también por las dificultades de transporte y de oferta de bienes de capital, dado que la producción del mundo industrial se había volcado al esfuerzo bélico. La exportación cerealera se contrajo ante las dificultades de flete y, para peor, la más pobre cosecha del siglo, en 1917, abortó la recuperación que la economía estaba teniendo en 1916, ya adaptada a las condiciones bélicas. Superado el conflicto, tanto la economía internacional como la interna debían reacomodarse a la nueva situación, y en ambos casos el proceso no careció de dificultades. En este

contexto, además de las huelgas de arrendatarios, a las que ya hicimos referencia, los conflictos laborales se multiplicaron en diversos puntos del país, y la provincia de Buenos Aires estuvo lejos de ser la excepción. El hecho más resonante de la etapa, la Semana Trágica en enero de 1919, se inició en los talleres Vasena, una de las industrias radicadas en Avellaneda. En diversos puntos de la provincia se formaron sindicatos y se produjeron huelgas. Pero la agitación social iría cediendo en pocos años con la estabilización de la economía. Las exportaciones agrícolas superarían los niveles de preguerra, el *chilled beef* dominaría las ganaderas, que también llegarían a superar los montos previos. Aunque con flujos más moderados que los de la primera década del siglo y con una composición étnica algo diferente —un creciente peso de europeos del este y sirio-libaneses, impedidos de llegar a los Estados Unidos por las leyes restrictivas de 1923—, los inmigrantes volverían a arribar a la provincia.

Pero si el crecimiento general parecía retomar su rumbo desde 1922-1923, una mirada más fina muestra tendencias que señalan cambios que no serían tan propicios para la provincia. Aunque la ganadería y la agricultura seguían su marcha ascendente, ahora era la industria el sector más dinámico, asentado crecientemente en el Gran Buenos Aires, en las proximidades de La Plata y Bahía Blanca, y también en otros puntos de la provincia, como analiza el trabajo de Fernando Rocchi. Desde luego, este dinamismo no tenía nada de malo en sí, pero algunos de sus rasgos prenunciaban problemas. En primer lugar, las industrias dependían de insumos, maquinarias, combustibles y tecnología importados. Si bien el sector agrario y el transporte también importaban maquinaria y combustible, habían generado al menos una mayor capacidad de mantenimiento para la maquinaria, ya que varias empresas proveían repuestos e instrumentos locales simples (arados, por ejemplo). Además, el sector primario generaba de manera holgada las divisas requeridas para sus importaciones. Su productividad lo hacía altamente competitivo a escala internacional, en tanto el secundario sólo abastecía el mercado interno bajo la protección de fletes o tarifas. Para crecer, las importaciones necesarias debían financiarse con excedentes de divisas generados en otro sector, que, naturalmente, sólo podía ser el agrario. Bajo estas condiciones, el desarrollo industrial bonaerense en buena medida dependía de la economía rural. Y los ingresos generados por la industria no



aseguraban una remuneración de los factores (vale decir, ni ganancias empresariales ni salarios industriales) equivalente a la de los países industriales líderes, salvo mediante una transferencia desde el sector de mayor productividad: el agrario. En una sociedad donde las expectativas eran altas en función de que la elevada rentabilidad de este sector había sustentado buenos ingresos en el conjunto de la economía, crecer sobre la base de actividades menos competitivas anunciaba una caída general de la productividad y, por lo tanto, un incremento de la puja redistributiva.

Era sólo una tendencia, que se volvería visible a largo plazo. Y aunque las alteraciones más bruscas generadas por la crisis no evitarían que se fuera materializando (más bien, todo lo contrario), sí ocultarían su progresión, sometiendo a los actores a vaivenes más espasmódicos ligados a la coyuntura. En otras palabras, en un contexto en el que las tendencias a largo plazo anunciaban ciertas dificultades, problemas mucho más severos y acuciantes atrajeron toda la atención. La depresión de los años treinta hizo contraer los mercados de exportación y disminuir la capacidad de importación. La escasez de divisas amenazaba a la industria. Aunque las políticas implementadas no tuvieran el expreso propósito de reorientar la economía, las medidas adoptadas debían aprovechar al máximo los ingresos disponibles por las exportaciones subsistentes, para sostener un mercado interno cuya importancia era crucial ante la caída de los externos. Más allá de su intrincada historia posterior, el mercado-internismo de los treinta no fue una opción sino una necesidad.

Otras cosas cambiaban para la Argentina y para Buenos Aires. Hasta la guerra, Gran Bretaña era el mercado privilegiado para la carne, el mayor comprador de granos y la fuente de crédito para la construcción ferroviaria y la financiación del Estado. Después de ella mantendría su papel de importador, pero en un contexto en que las nuevas inversiones ya no eran ferroviarias sino industriales —en el rubro eléctrico o en el químico—, Estados Unidos y Alemania ofrecían las mejores alternativas tecnológicas. En cuanto a los préstamos al Estado, el centro financiero mundial ya no era Londres sino Nueva York. Cuando la crisis de 1930, que golpeó mucho más fuerte a los Estados Unidos, Alemania y Francia que a Gran Bretaña, segmentó los mercados, la colocación de las exportaciones bonaerenses pasó a depender de las negociaciones bilaterales

con los compradores. Los mercados de Europa continental –que sumados eran más importantes que el británico– se desplomaron, y poco podía esperarse de los Estados Unidos, que además de ser un comprador débil para los productos bonaerenses, estaba sumido en la depresión. La principal ventaja frente a Gran Bretaña consistía en la masa de capitales de ese origen radicados en el país en la preguerra, y éstos jugaron un papel importante en las negociaciones que buscaron que los productores de carne –sector dominado por Buenos Aires– preservaran algo de sus mercados, por medio del Tratado Roca-Runciman, analizado en el capítulo segundo de esta obra.

En síntesis, superadas las dificultades de posguerra, la década de 1920 parecía retomar el rumbo económico previo. Pero había cambios importantes. El crecimiento de la industria, que ahora mostraba significativo peso en el nuevo conurbano, incorporaba junto con las empresas nacionales, muchas de ellas desarrolladas a partir de talleres artesanales, filiales locales de las nuevas corporaciones internacionales. Y si bien las exportaciones agrarias continuaron creciendo, lo hicieron de manera más moderada que en la preguerra. Antes de que estos cambios mostraran sus efectos, la depresión de los años treinta aceleró las transformaciones. Cayeron los precios agrarios, se restringieron los mercados y se esfumó el mercado de capitales. La economía cerealera también encontró un inesperado límite en esta década, cuando se inició un ciclo de reducción del régimen hídrico que duraría unos treinta años, según observa Carlos Reboratti en su contribución al Tomo 1 de esta colección. A la espera de un eventual regreso a los buenos tiempos, la Argentina hizo grandes esfuerzos por evitar suspender el pago de su deuda externa, lo que sólo complicó más los problemas de divisas, sin dejar las puertas abiertas a nuevos créditos, casi inexistentes en una prolongada depresión. Para mediados de los años treinta la economía se fue recuperando, pero aquellos factores que habían sido la base del crecimiento y desarrollo de Buenos Aires, antes de la Gran Guerra, ya no podían asegurar su continuidad. En tanto, el creciente peso de la industria, que la crisis no había hecho más que subrayar, comenzaba a redefinir el perfil económico de la provincia.

Indudablemente, en el tiempo, los cambios de esta etapa generarían sus propias dinámicas sociales. Pero algunas de las que predominaron en la década de 1920, e incluso en la subsiguiente, se vinculan más a los

procesos previos que a las tendencias económicas que acabamos de reseñar. En las formas de vida cotidiana, el rasgo más novedoso de esta etapa seguramente sea el delineamiento de una clase media que se constituyó en el núcleo de la vida de las medianas y pequeñas ciudades que en forma creciente, concentraban el grueso de la población bonaerense. Aunque las pertenencias étnicas no desaparecieron, en la posguerra ya había muchos extranjeros con larga residencia en la Argentina e hijos de inmigrantes. Muchas familias, tal vez más de la tercera parte, mezclaban a hombres inmigrantes con mujeres criollas. Muchos hijos de familias inmigrantes homógamas diluyeron la referencia del origen de sus padres para considerarse argentinos y formaron familias con otros argentinos sin una adscripción étnica. Se expandía así rápidamente una sociedad en la que se desdibujaban las identidades migratorias, reemplazadas por la nacional, que coexistía con los nuevos flujos de recién llegados y con los sectores que por diferentes razones (religiosas o culturales, proximidad temporal de los arribos, concentración étnica en colonias o barrios) preservaban su referencia identitaria de origen. Pero la experiencia de la guerra, el debilitamiento de las corrientes de recién llegados, interrumpidas totalmente desde la crisis, y el decreciente peso de los extranjeros, en relación con una población nativa mucho más numerosa, reforzaron la dimensión local de la identidad. A ello contribuyeron ciertas políticas de nacionalización de los hijos de los inmigrantes adoptadas antes de la guerra, como la definición de contenidos educativos y el servicio militar.

A su vez, los cambios generales de la economía, el éxito de la movilidad social, la difusión de la educación y el crecimiento, junto a ella, de nuevos consumos culturales consolidaron el perfil de una incipiente clase media, sustancia de la vida pueblerina analizada por Ricardo Pasolini en el capítulo 11 de este tomo. Estas familias controlaron su natalidad, dando lugar al típico modelo familiar de padre empleado, madre ama de casa y dos hijos. Desde luego, obreros especializados, comerciantes, artesanos o trabajadores por cuenta propia reproducían el modelo. Manifestaciones de sociabilidad –como clubes sociales y deportivos–, religiosas –como algunas iglesias protestantes o actividades dentro del catolicismo– e incluso políticas –incluyendo en buena medida al mismo Partido Socialista y a sociedades de fomento y bibliotecas públicas– sancionaron la respetabilidad de los nuevos sectores sociales. Dignas vi-

viendas urbanas, la radio, los diarios y las revistas, el cine, los productos de marcas reconocidas y, para los más exitosos, un automóvil marcaban las pautas de consumo que, más que la inserción laboral, definían esta pertenencia. La concurrencia de los chicos a la escuela, incluyendo cada vez más la escuela media, era una marca imprescindible de pertenencia a la clase media y obligaba a las familias rurales a radicarse en los pueblos. La red eléctrica cubrió paulatinamente la provincia y, en los treinta, una creciente red vial complementó a la ferroviaria. Así, más allá de los vaivenes de la economía, que traían no poca preocupación y zozobra a quienes buscaban consolidar su posición social —el ritmo de la litigiosidad y los fracasos comerciales fue marcado por el de la economía—, se definió una nueva estructura social, como se verá en el capítulo de Leandro Losada.

Por debajo de estos sectores consolidados, que englobaban a muchos asalariados manuales, en especial a los que contaban con un empleo estable, existía un espectro considerablemente amplio de trabajadores poco calificados, muchos de ellos de origen rural, más sujetos a las fluctuaciones de la demanda laboral. Su residencia era en general en la periferia urbana o en las villas y pueblos más pequeños. Contaban con limitado acceso —si es que alguno lo tenía— a las comodidades y consumos reseñados. En algunos puntos de la provincia, como Bahía Blanca, Berisso o el Gran Buenos Aires, las industrias más importantes generaron un proletariado urbano más típico, en el que se mezclaban viejos criollos, hijos de inmigrantes no tan afortunados y, hasta la década de 1920, los recién llegados en las nuevas oleadas migratorias. También comenzaban a arribar, sobre todo en los años treinta, migrantes de las provincias del interior atraídos por las posibilidades de las nuevas industrias, pero aún para 1940 el crecimiento del conurbano y de las pocas ciudades más grandes de la provincia se basaba más en las migraciones dentro de ella que en la llegada de otros provincianos.

Si en sus comienzos, como ya hemos observado, los orígenes sociales de los integrantes del radicalismo bonaerense no mostraban significativas diferencias con quienes habían integrado el autonomismo o el mitrismo —si es que hubo alguna, fue haber contado con mayor apoyo de la clase terrateniente, en especial en la década de 1890—, cuando la ley Sáenz Peña promovió un cambio en las formas de la política, el partido supo aprovecharlo mejor que otras facciones. La intervención a la pro-

vincia decretada por Yrigoyen en 1917 puso fin al gobierno conservador y abrió un largo ciclo en el que la clientela electoral del radicalismo bonaerense le aseguraría el predominio. El Partido Conservador —estudiado por María Dolores Béjar en el capítulo 9 de este tomo— también redefinió su estructura, y liderazgos locales, como el de Alberto Barceló en Avellaneda, buscaron darle un nuevo sustento. Aunque el esfuerzo no careció de cierto éxito, y su papel electoral estuvo lejos de ser insignificante, nunca logró hacer frente al predominio radical. Incluso las confrontaciones internas, en las que los líderes principales (muchos de ellos residentes en la ciudad de Buenos Aires) buscaban retener el control frente a las figuras del interior, llevaron a la fragmentación del Partido Conservador y a la conformación por un tiempo de una agrupación con el significativo nombre de “Provincialista”, liderada por Barceló. Su peso, sin embargo, no trascendió mucho más allá de la influencia de su líder principal.

También en la UCR las figuras locales y las nacionales tuvieron eventuales colisiones, y en la provincia se produjeron divisiones entre “personalistas” y “antipersonalistas”. Pero la capacidad de convocatoria electoral de Hipólito Yrigoyen aseguró el triunfo del sector por él comandado. Los socialistas, entre tanto, tenían presencia en las secciones en que había mayor participación obrera y, como vimos, en la intendencia de Mar del Plata, donde Teodoro Bronzini logró construir un fuerte liderazgo.

Más allá de la situación de cada partido, la introducción de la política electoral competitiva en la provincia, lejos de crear una “opinión” del “pueblo” que se constituyera en el control de la clase política —según las expectativas que enunciaban los proclamadores de la reforma durante toda la etapa conocida como república oligárquica—, dio lugar a caudillismos personalistas locales, como lo fue el de Barceló entre los conservadores, el de Pedro Solanet de Ayacucho entre los radicales y el de Bronzini entre los socialistas, y liderazgos más amplios, como el de Yrigoyen, decisivos en el plano electoral. Los resultados no se correspondían con una conciencia cívica, como habían reclamado las viejas elites ilustradas, ni con la defensa de intereses sectoriales o de clase, sino con la construcción de un entramado de lealtades, clientelismos e identidades.

Además de los motivos estrictamente políticos, esto constituyó uno de los argumentos que, utilizado por diferentes sectores, justificó el gol-

pe que derrocó al gobierno nacional e intervino todas las provincias en 1930. El intento de retorno a la política electoral en Buenos Aires en 1931, que resultó en un anulado triunfo radical, demostró que quienes comandaban el gobierno de facto no podían confiar en las preferencias del electorado para establecer su dominio. Lo que siguió fue una etapa contradictoria, en la que la vocación por reinstaurar un gobierno de elite chocaba con una sociedad que se había democratizado en su naturaleza. La respuesta conservadora, ni en su variante liberal progresista (Rodolfo Moreno) ni en la fascista (Manuel Fresco), logró reunir un apoyo que le permitiera abandonar el fraude. Las tensiones políticas se acumulaban en un clima que se apartaba del liberalismo que, aunque crecientemente debilitado, había seguido prevaleciendo en la Argentina entre comienzos de siglo y la crisis de 1930. En tanto las elites intelectuales buscaban redefinir sus referencias ideológicas, las mayorías sociales carecían de canales que reflejaran sus nuevos humores políticos. El anarquismo había perdido su influjo en el movimiento gremial, dando lugar a un sindicalismo sin referencias ideológicas precisas. Las propuestas antifascistas que dominaban en el socialismo y el comunismo, que disputaban con el anterior la influencia en el mundo obrero, resultaban más significativas para los intelectuales que miraban el horizonte europeo que para los militantes gremiales que luchaban por reivindicaciones concretas. La vacancia política no era tanto el resultado de la incorporación de actores nuevos provenientes de contextos de atraso —según la clásica interpretación de Gino Germani— sino de las transformaciones del horizonte político dentro de la misma provincia. Las condiciones eran propicias para el surgimiento de una propuesta político-ideológica novedosa, que el peronismo sabría aprovechar con su ecléctica construcción.

## NOTAS

<sup>1</sup> El censo provincial de 1881, levantado para conocer el estado de situación de la provincia desmembrada, señala que muchos de los desarrollos en esos planos fueron cedidos a la nación junto con la ciudad capital.

<sup>2</sup> Reproducía la lógica de creación de la América hispana, que consistió en la fundación de ciudades y la subordinación a ellas de los territorios circundantes.

<sup>3</sup> Ricardo Levene, *Historia de la provincia de Buenos Aires y la formación de sus*

*pueblos*, 2 vols., La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 1940-1941.

- <sup>4</sup> Para los aspectos estructurales y geográficos, véanse los capítulos de Cristian Favier Dubois y Marcelo Zárate y de Carlos Reboratti en el Tomo 1 de esta colección; es muy revelador el análisis de Darío Barrera sobre los procesos territoriales en una perspectiva de larga duración, en el segundo tomo; en tanto los del siglo XIX y comienzos del XX pueden verse en el trabajo de Fernando Aliata y Lía Munilla, en el Tomo 3, y en el citado capítulo de Gandolfi y Gentile en este volumen.
- <sup>5</sup> Juan Manuel Palacio, *La paz del trigo. Cultura legal y sociedad local en el desarrollo agropecuario pampeano, 1890-1945*, Buenos Aires, Edhasa, 2004.
- <sup>6</sup> Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- <sup>7</sup> Juan José Santos, *Milenarismo y xenofobia en las pampas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.
- <sup>8</sup> Ingrid de Jong y Valeria Satas, *Teófilo Gomila. Historia de fronteras y otros relatos*, Buenos Aires, Elefante Blanco, 2012.